

NACER DE NUEVO

Puntos de meditación retiro julio 2016

P. Ignacio Buisán, L.C.

Composición de lugar

Había un hombre del partido de los fariseos, llamado Nicodemo, principal entre los judíos. Vino éste a Jesús de noche, y le dijo: “Rabbi”, sabemos que eres un maestro que viene de Dios, porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces si Dios no estuviera con él. (Juan 3, 1-2)

El Evangelio nos presenta a un personaje: Nicodemo, y nos deja una breve descripción del mismo, una especie de “ficha técnica”: fariseo, principal entre los judíos, de nombre Nicodemo. Todos tenemos, también, nuestra especie de “ficha técnica”, esos datos escuetos que solemos rellenar cuando hay que sacar un documento; son datos que describen ciertas pertenencias, ciertos aspectos de nuestra vida. Para nosotros podría ser: “mamá de..., esposo de..., miembro del Movimiento *Regnum Christi*; responsable de equipo; pero en nuestra ficha técnica, el nombre siempre es lo más importante.

El Evangelio dice que “vino a Jesús de noche”, es otro dato interesante. Su encuentro con Jesús fue de noche; y eso nos hace pensar que, en realidad, en nuestra relación con Dios, todos vivimos en la noche, todos vivimos en esa especie de oscuridad que no nos permite ver a Dios, pero que nos impulsa a buscar a Dios.

La oscuridad siempre es una invitación a encontrar la luz. También podríamos pensar en la oscuridad de un mundo oscuro, de un mundo enfocado a la búsqueda de los bienes materiales y olvidado de los bienes espirituales, un mundo que se contenta con las luces que no son la Luz. Un mundo oscuro y pobre en lo espiritual, que nos invita a contentarnos con esas luces artificiales que vuelven a apagarse rápido, olvidándonos del verdadero Dios (Dios verdadero de Dios verdadero).

Nicodemo se acercó a Jesús desde su noche, atraído por algo: “por esos milagros que tú haces”. Y es que siempre hay un motivo que nos lleva a acercarnos a la Luz; a veces consciente, a veces inconsciente. Siempre hay ciertas expectativas, siempre hay cierto interés personal: a lo mejor queremos mejorar algo que sentimos que no anda tan bien en nuestra vida, a veces queremos cambiar, o simplemente beneficiarnos de alguno de esos milagros que Él hace. Pero, la búsqueda de Dios, no consiste esencialmente en eso; no puede sostenerse en base a expectativas o a milagros o a

cosas extraordinarias, sino en convicciones, y a ese terreno de las convicciones es a donde Jesús va a llevar a Nicodemo.

Primer punto. En verdad te digo: el que no nazca de lo alto, no puede ver el Reino de Dios. (Juan 3, 3)

Jesús responde a la insinuación de Nicodemo con una especie de reto misterioso: “Hay que nacer de lo alto”. Son palabras que Nicodemo no entendió, y que tampoco nosotros entendemos fácilmente. En principio no sabemos qué es lo que quiere decir Jesús al decirle a Nicodemo, que hay que nacer de nuevo, que hay que nacer de lo alto. Parece una especie de condición, de primer paso para salir de la oscuridad y entrar en la Luz, una invitación a asumir una especie de nueva naturaleza o de nueva vida; una vida que Dios da, que Dios ha venido a dar.

La nueva vida, la vida que Dios da, a partir de la venida de Cristo, comienza con el Bautismo, y es una vida que crece y que se desarrolla a través de los sacramentos. Dios ha vinculado la salvación; el “poder ver el Reino de Dios”, a los sacramentos, que son portadores de esa vida nueva: *Ser bautizado quiere decir que la historia de mi vida personal (mi “ficha técnica”) se sumerge en la corriente del amor de Dios. Si sólo dependiéramos de nuestras fuerzas, no avanzaríamos mucho en nuestros intentos de ser buenos. Por la fe descubrimos que somos hijos de Dios y que hemos sido fortalecidos por Él. Cuando Dios nos da su fuerza, hablamos de “Gracia”. Especialmente en los signos sagrados que conocemos como sacramentos, Dios nos otorga la capacidad de hacer realmente el bien que queremos hacer. (YOUCAT n. 279).*

La gracia consiste en *ser contemplado por Dios, ser tocado por su amor. La gracia de Dios nos introduce en la vida interior del Dios trinitario, en el intercambio de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Nos capacita para vivir en el amor de Dios y para obrar a partir de este amor. (YOUCAT n. 339). La gracia nos ha sido infundida de lo alto y no se puede explicar por causas intramundanas (gracia sobrenatural). Nos convierte en hijos de Dios y herederos del cielo (gracia santificante). Nos otorga una inclinación permanente al bien (gracia habitual). La gracia nos ayuda a conocer, querer y hacer todo lo que nos conduce al Bien, a Dios y al cielo (gracia actual). La gracia se da de modo especial en los sacramentos, que por voluntad de Cristo, son lugares destacados del encuentro con Dios (gracia sacramental). También se muestra en especiales dones de gracia que se conceden a cristianos individuales (carismas), o en fuerzas especiales prometidas al estado del matrimonio, del Orden o al estado religioso (gracia de estado) (n. 339)*

El primer paso, por tanto, en el seguimiento de Cristo, consiste en estar abierto a su acción a través de la gracia: dejar que Él haga en mí, que vaya haciendo su obra en mí: en definitiva, nacer de nuevo.

En la Legión y en el Movimiento, somos conscientes de que nuestro verdadero nacimiento se dio el día de nuestro Bautismo. Ese día nacimos de lo alto y comenzó a palpar en nosotros la vida de la gracia. Por eso cada año renovamos las promesas de nuestro Bautismo y volvemos a tomar conciencia de nuestra condición de hijos de Dios y de miembros de la Iglesia.

Segundo punto. No te extrañes de que te haya dicho: “tienen que nacer de nuevo”; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu. (Juan 3, 7-8)

Dios, al darnos y al introducirnos en su vida divina, hace que nuestra vida sea una vida que está siendo impulsada por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo no se rige por la lógica humana; más bien, el Espíritu Santo lleva a la persona por caminos misteriosos y no programables. Todo el que ha nacido del Espíritu, en cierto sentido, se puede decir que está siendo invitado a “dejarse llevar”.

Por otra parte, nacer de nuevo, no es algo puntual; es como el nacimiento biológico, es un proceso; nacer de nuevo significa iniciar un camino en el que caminar significa ser “guiados por Él”: *El don del Espíritu Santo es la fuerza de lo alto en la que una persona realiza la gracia de su Bautismo a través de su vida... (YOUCAT n. 205)*

Confirmarse quiere decir hacer un “contrato” con Dios. El que se confirma dice: “Sí, Dios mío, creo en ti. Dame el Espíritu Santo para pertenecerte totalmente, para no separarme nunca de ti y para dar testimonio de ti toda mi vida, en los días buenos y en los días malos, con hechos y con palabras. Y Dios dice: “Sí, hijo mío, yo también creo en ti, y te concederé mi Espíritu, me doy yo mismo. Te perteneceré totalmente. No me separaré de ti nunca, ni en esta vida, ni en la eterna. Estaré en tu cuerpo y en tu alma, en tus hechos y en tus palabras. Incluso cuando tú me olvides, yo estaré ahí, tanto en los días buenos como en los malos”. (n. 205)

Pero “dejarse llevar” implica, asimismo, un acto de libertad; uno puede “no dejarse llevar”, y Dios nunca va a forzar nuestra libertad: *La gracia de Dios sale al encuentro del hombre en libertad y lo busca y lo impulsa en toda su libertad. La gracia no se impone por la fuerza. El amor de Dios quiere el asentimiento del hombre. A la oferta de la gracia se puede decir que no. (YOUCAT n. 340).*

Gracia y libertad va a ser el binomio en el que se va a desarrollar la *nueva vida* de todo el que ha nacido del Espíritu. Una libertad que se abre o que se cierra a la acción de Dios, al proyecto de Dios sobre la propia vida.

Tercer punto. Pues todo el que obra el mal, detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad, se acerca a la luz; para que se vea que sus obras están hechas según Dios. (Juan 3, 20-21)

Al final del encuentro entre Jesús y Nicodemo, nos encontramos con esta afirmación de Jesús en la que contrapone “al que obra el mal” frente “al que obra la verdad”. Una afirmación que nos plantea un reto: hacer la verdad siempre en nuestra vida; llegar a ser lo que Dios espera que seamos. En palabras de san Juan Pablo II: “Si son lo que deben ser, prenderán fuego al mundo entero”.

Nicodemo se acercó a Jesús de noche; se podría decir que desde la oscuridad de la noche se acercó a la Luz. Cuando nos acercamos a Jesús, en nuestra oración o al recibir un sacramento, nos acercamos a la Luz, y nuestras tinieblas son iluminadas por la luz de la gracia, que es la que nos permite conocer la verdad.

Los sacramentos y la vida de oración nos permiten ser hombres y mujeres de luz; recibimos la luz de Cristo para poder aportar esa luz al mundo: “*Ustedes son la luz del mundo*”; “*Prenderán fuego al mundo entero*”. Dios ilumina, con su gracia nuestra conciencia y nuestra vida para poder obrar siempre de acuerdo a la verdad, y para que nuestras obras sean según Dios.

El huésped silencioso de nuestra alma, quien quiera percibirlo debe hacer silencio. Con frecuencia este huésped habla bajito dentro de nosotros, por ejemplo en la voz de nuestra conciencia o mediante otros impulsos internos y externos. Ser “Templo del Espíritu Santo” quiere decir estar en cuerpo y alma a disposición de este huésped. Nuestro cuerpo es, por tanto, en cierto modo, el cuarto de estar de Dios. Cuanto más nos abramos al Espíritu Santo en nosotros, tanto más se convertirá en maestro de nuestra vida, tanto más nos concederá también sus carismas para la edificación de la Iglesia. De este modo, en lugar de las obras de la carne, crecerán en nosotros los frutos del Espíritu. (YOUCAT n. 120).

El hombre y la mujer de Reino, por eso, examina su interior, examina su conciencia, para ver si su vida es una vida según la verdad, y acorde a la voluntad de Dios, si su vida es una vida iluminada, o si es una vida entenebrecida y oscura porque está lejos de la Luz.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Cuáles son “mis” motivos para acercarme a Dios? ¿Qué busco? ¿Qué es lo que me atrae de Él?
2. Esta cita de la encíclica *Lumen Fidei*: “*El hombre ha renunciado a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino. Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija*”. ¿Qué me dice a mí?
3. ¿Qué importancia tiene para mí el Bautismo? ¿Me acuerdo de la fecha de mi bautismo? ¿Lo he celebrado alguna vez? ¿Medito en ello?
4. ¿Valoro la Gracia (La fuerza y la vida) de Dios que recibo a través de los sacramentos? ¿Soy un hombre o una mujer eucarístico?
5. Mi vida ¿Es una vida guiada por el Espíritu Santo? ¿En qué decisiones y proyectos de mi vida le he dado mi sí a Dios y me he fiado plenamente de Él?
6. ¿En qué momentos de mi vida ha prevalecido el “no” a las propuestas de Dios?
7. ¿Qué me dice a mí la frase de Santa Catalina de Siena: “Si somos lo que debemos ser, prenderemos fuego al mundo entero”?
8. ¿Tengo la costumbre de examinar mi conciencia para ver si mis pensamientos, palabras y obras son “según Dios”?